

Grupo Universitario de Devoto (febrero 2008). *Daños colaterales?*. En: Encrucijadas, no. 43. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositoriouba.sisbi.uba.ar>>

¿Daños colaterales?

“Hace 22 años que la UBA lanzó su Programa UBA XXII, más conocido como ‘UBA en las Cárceles’, que ha producido, produce y –esperamos– seguirá produciendo no solamente la difusión de conocimientos y posibilidad del acceso a carreras de grado a personas privadas de la libertad ambulatoria –eufemismo que suele mencionarse para no utilizar la más desvalorizada expresión ‘presos’, aunque, en realidad, no ‘somos’ presos sino que ‘estamos’ presos, diferencia no menor, por lo menos, en lo cualitativo–.”

Los autores son miembros del Grupo Universitario de Devoto

Los medios masivos de difusión han popularizado algunas de las poco afortunadas frases que, lamentablemente, suelen emitirse como declaraciones oficiales gubernamentales. Aun referentes políticos de primer nivel han asombrado al mundo occidental –con demasiada frecuencia– con desaciertos verbales que han llevado a que se lleguen a crear sites en la web donde se coleccionan algunas de esas joyas lingüísticas, con la crueldad inherente al mundillo político.

Sin embargo, la construcción “daños colaterales” viene siendo utilizada como frase justificadora de estropicios inexplicables, incluidas muertes de inocentes en operaciones militares o paramilitares desde hace ya unos cuantos años.

El incompleto y minúsculo diccionario del que podemos disponer define:

Daño: Detrimento, menoscabo, dolor, molestia, lastimadura.

Colateral: Dícese de las cosas que están a uno y otro lado de la principal.

Haciendo una vieja y remanida suma algebraica podríamos interpretar que, en buen criollo básico, un daño colateral sería un detrimento (menoscabo, dolor, molestia o lastimadura) que sufren las cosas que están a uno y otro lado de la principal. Lo que no estaría demasiado alejado del sentido real o figurado en el que se utiliza la frasecita famosa en la prensa mundial. Es decir, que se trata de una forma de efecto o resultado impensado –o por lo menos, inesperado– de una cierta y determinada acción.

Y precisamente a eso es a lo que nos queremos referir, por ello hemos acudido al cliché utilizado como título, si bien en este caso el efecto no sólo no es dañino sino todo lo contrario.

Hace 22 años que la UBA lanzó su Programa UBA XXII, más conocido como “UBA en las Cárceles”, que ha producido, produce y –esperamos– seguirá produciendo la difusión de conocimientos y posibilidad del acceso a carreras de grado a personas privadas de la libertad ambulatoria –eufemismo que suele mencionarse para no utilizar la más desvalorizada expresión “presos”, aunque, en realidad, no “somos” presos sino que “estamos” presos, diferencia no menor, por lo menos, en lo cualitativo–.

Tal como hemos leído hasta la saturación en la literatura sociológica más actual, en autores como Erving Goffman, Michel Foucault, Pierre Bourdieu y últimamente en Loïc

Wacquant –cuya visita tuviéramos el honor de recibir el 5 de octubre pasado–, el sistema de encarcelamiento no solamente no es útil para recomponer la persona de quien ha resultado su víctima, sino que –en lugar de producirse una acción disuasiva– tiende a perpetuar las condiciones originales que condujeron al sujeto a su condición de preso.

Loïc Wacquant, en “Las Cárceles de la Miseria”, página 144, Editorial Manantial, Buenos Aires, 2000) dice textualmente:

“(…)

La cárcel como fábrica de miseria

Una investigación en profundidad realizada en siete ámbitos penitenciarios de Francia muestra hasta qué punto la trayectoria carcelaria del recluso puede describirse como una sucesión de choques y rupturas gobernadas, por un lado, por el imperativo de seguridad interna del establecimiento y, por el otro, por las exigencias y los edictos del aparato judicial, que esconden un descenso programado en la escala de la indigencia – descenso tanto más abrupto cuanto más desprovisto está el detenido en el inicio. Típicamente, el ingreso en la condición de detenido está acompañado por la pérdida del trabajo y la vivienda, pero también la supresión parcial o total de las ayudas y prestaciones sociales.” (y cita a Anne-Marie Marchetti, “Pauvreté et trajectoire carcérale” y “Pauvreté en prison”, Ramonville Saint-Ange, Cérès, 1997)

De más está decir que el discurso oficial dirigido al REcluso y transmitido a la sociedad por los REclusores, está plagado de palabras rimbombantes, como REsocialización, REhabilitación, REinserción, REcuperación y demás ditirambos que hemos dado en llamar “Sinfonía en RE” –no sin amarga ironía– y sobre el que hemos enviado trabajos a Jornadas, Simposios, Congresos y Concursos en los que se traten temas inherentes a la Sociología. Nos parece que no obedecen a una visión REalista, porque el REo, aunque segregado, en ningún momento ha dejado de pertenecer a la sociedad civil –pues ella es la que habita afuera o circula dentro de la cárcel–, en el colectivo formado por internos, guardias, profesionales del Servicio Penitenciario Federal, familiares, amigos, abogados, jueces, secretarios, fiscales y demás deudos. Todos y cada uno, parte de la misma sociedad.

El alto nivel de reincidencia entre los liberados de establecimientos carcelarios nos hace pensar en una posibilidad muy alta de que el sistema actual no sirva o que no resulte ni eficaz ni eficiente a pesar de la inversión cuantiosa que se realiza en la prisionización.

El delito no constituye una enfermedad per se, por lo que no hay algo a lo que se pueda llamar tratamiento. Sin embargo, se habla de un tratamiento del detenido. La falta de medidas de ayuda real a quien delinque y su reemplazo por el simple encarcelamiento hace que numerosos internos queden cautivos del círculo delito-cárcel-delito-cárcel. Tal como está planteado en este momento, el sistema tampoco ofrece ayuda concreta alguna al liberado. Su esperanza de lograr incorporarse a la sociedad es mínima y dependerá, de manera fundamental, de su capacidad de haber generado la suficiente RESiliencia o RESistencia interna, que le permita REcuperarse, REvalorizar su persona y mantenerse en equilibrio frente a un entorno externo, por lo menos agresivo, sino directamente hostil.

El fuerte impacto de ser encarcelado, semejante a sentirse solo en un agujero, siembra la duda sobre uno mismo. Una vez de pasar por el banquillo de los acusados, el condenado será el ejemplo a no seguir. Inevitablemente se produce –en mayor o menor medida– una

vergüenza que va unida a la necesidad de eliminar algo de uno mismo; una autodiscriminación que mina el sentimiento del yo.

La adaptación a la nueva situación extrema se produce mediante una rutina acentuada que se mantiene próxima a los requisitos para la supervivencia y que lleva consigo un camino de desviación a través de la regresión.

Una bandera de esperanza

Es en el centro de este sistema degradante donde la UBA plantó una bandera de esperanza. Ser reconocidos por la Universidad, sentir que esta institución nos recibe en una realidad práctica de necesidades recíprocas entre estudiantes y profesores es para la persona detenida cambiar concretamente su realidad y permitirle una sensación tanto de pertenencia al mundo académico como de distinción personal. El Grupo Universitario Devoto se construye como un sustituto del cuerpo sometido al encarcelamiento, la división y la muerte.

Así hemos asistido al despertar de nuevas motivaciones que en muchos casos los individuos jamás han experimentado en su mundo de extramuros y pueden provocar cambios estremecedores. Aunque resulta imposible pensar en generar programas de estudios universitarios urbi et orbi, podemos dar fe de que hemos visto transformaciones de vida. Compañeros nuestros de orígenes muy humildes, residentes habituales de las peores villas del gran conglomerado de Buenos Aires, que incitados, estimulados, apoyados por ese colectivo de estudiantes, se han encontrado de forma súbita e inesperada con la sorpresa de haber aprobado materias de una carrera de grado.

Esforzándose, desde luego. Estudiando mucho y haciendo de tripas corazón para enfrentar un mundo nuevo, desconocido, viéndose obligados a vencer su propia inseguridad y miedo al fracaso. Estar con ellos a la salida de la mesa de examen y poder darles un abrazo emocionado cuando salen pálidos y tartamudeando diciendo –y diciéndose– “¡Muchachos, pude! ¡Pude y aprobé!”.

Esto no es un libreto para una tira de la TV a la tarde, sino cosas que suceden, las hemos visto y vivido. Y aunque sean observaciones poco científicas, merecen que se deje testimonio.

Esos son los “daños colaterales” a los que quisimos hacer mención en un principio, los efectos quizá no buscados, pero que igualmente pasan, son y tienen existencia real.

Que en lugar de sucedernos cosas, seamos nosotros los que podamos hacer que las cosas nos sucedan.

Que en un mundo con escasas opciones y magras posibilidades de elegir, podamos elegir, podamos hacer y tengamos nosotros la opción, en lugar de ocupar el rol pasivo habitual de que otros opten y elijan en nuestro lugar. Porque habremos conseguido que el cambio se produzca dentro de nosotros y no en el exterior.

LA ACADEMIA

El Ágora parecía ondular en las olas de aire caldeado, el reflejo del sol en el mármol me obligaba a entrecerrar los ojos mientras caminaba, los Templos umbrosos y vacíos dormitaban en la calma de la siesta del Ática. Hasta mi túnica, hecha con el purísimo lino blanco de los Nuevos Iniciados, resultaba pesada en ese calor; por suerte, podía refrescar mis pies descalzos en el grueso colchón de polvo hollado día tras día por las muchedumbres que acudían a rogar a los Dioses.

Solo, sentado majestuosamente a la sombra de la añosa Higuera de las Eras, El Padre esperaba impertérrito. Nada turbaría su calma, pues nada podía turbarla. Los años de meditación profunda le habían concedido la Gracia de poderse aislar del Mundo y sus Debilidades, acceder a Lo Profundo, Lo Trascendente. Como un Dios, podía Sobrepasar lo Creado, Traspasar los Límites de la Experiencia Posible, Conocer lo Oculto, Imaginar y Crear. Sólo Él nos podía transmitir LA SABIDURÍA, ungiernos con el crisma indeleble del Conocimiento, el Sagrado GNOSOS que nos guiaría por y para siempre.

Me acerqué en silencio para no perturbarlo y, en cuclillas, me dispuse a esperar el inicio de la Ceremonia de la Aduldez, para la que me estaba preparando desde antes de la pubertad y el fin de la infancia. Sin mirarme –o quizás mirando sólo hacia Su Interior– me ordenó que me desnudara.

“Al Nacimiento, a la Tumba y al Conocimiento se debe acceder como hemos sido creados”, dijo su voz profunda. “Mira hacia en Poniente y dime qué ves ante ti”, me ordenó.

“Veo un disco dorado caído en el polvo, Padre. No sé qué puede ser.”

“Es oro, jovencito, un simple disco de oro acuñado de una manera especial, con dibujos o efigies que los hombres vanos aprecian. Lo llaman moneda y hay quienes lo atesoran y darían parte de su vida –o por lo menos de su paz– por él. Para nosotros, es despreciable.”

“¿Puedo tomarlo, Padre? Despierta mi curiosidad.”

“Tómalo, míralo, sopésalo y trata de que no despierte ninguna otra cosa en ti, porque es uno de los peores venenos que ha inventado el hombre.”

“Es pesado y liso, está tibio. Mira, Padre, si lo froto entre mis manos brilla como una estrella en la noche. ¿No será un pedazo del sol?”

“Sí, hijo, brilla como el sol pero está hecho de tinieblas, encierra dentro de sí lo más oscuro de la vida y lo más brillante de la muerte, pero nunca te acompañará ni en una ni en la otra. Siempre se queda sobre la tierra, espera, acecha, aguarda nuevas víctimas. Ni se oxida ni se disuelve; pasa de mano en mano como la peor ramera y es bienvenido como la mejor amante; a nadie pertenece, pero es de todos; no hace nada pero puede obtener lo que quiera; será un esclavo fiel o tu patrón más despiadado, sólo tú podrás elegir.”

“Me asustas, Padre, lo arrojaré.”

“No lo hagas. Corre a casa y llévaselo a tu madre. Dile que en un rato estoy por allá y que compre vino, estoy harto de almorzar a pura agua, nomás.”

TÚNEL

Noches y noches de horadar y roer y rasguñar y conseguir –de vez en cuando – sacar de en medio alguna de esas piedras duras, pesadas, frías, inconmovibles, más a menudo fragmentos, gránulos, piedritas, arenillas, rastros mínimos de mi avance que, sin embargo, debía disimular como si fueran pasos de gigante y distribuir cuidadosamente los restos por el entorno para que no se notaran y el túnel que se estiraba y crecía en la intimidad profunda del muro y mis carreras desde y hacia la boca del túnel cada vez que escuchaba que se acercaba alguien y poco a poco iba llegando pero nunca lo suficientemente rápido y ¿me alcanzaría la vida para llegar? pero me moriría en el túnel si fuera necesario y seguiría y seguiría y seguiría hasta que el túnel traspasara los muros y el túnel fuera EL TÚNEL y me llevara –de una buena vez– a mi destino ¿mejor? ¿distinto? ¿final? o quizás nomás otro, que no fuera éste.

La desesperación me impulsó a cavar también de día, en las siestas, las calmas, los remansos, los tiempos en los que nadie se acercaba o atrevía a andar por aquí o en que la vigilancia se relajaba, se distraía o vaya uno a saber por qué no estaba, pero yo sí y mi perforar y cavar hacia mi meta y llegar, llegar, llegar, debo llegar mientras me queden fuerzas y vida que me alcance para disfrutar la vida y hay que seguir mordiendo, rasguñando, empujando, triturando y golpeando hasta con los gerundios porque ya no me quedan otras herramientas. Y los gerundios sirven, son pesados, a cada golpe de gerundio se levanta una nube de arena y polvo de ladrillo y cemento y hasta algunos hierros se doblan y aunque los gerundios se doblen no se rompen sino que siguen firmes, no como unos radicales cualquiera que se quiebran y qué me pasa estoy delirando y debe ser por la obsesión y el cavar y cavar y cavar.

Cada tanto el suelo retiembla y gime, los camiones, los colectivos, la calle está cerca, escucho a un tipo que vende algo a los gritos y pasa todas las mañanas y cada vez más cerca me arrimo, me arrimo, casi estoy, comienzo a sentir el sol que calienta el muro frente a mí y es la vereda – vereda - vereda que da para el lado del sol que calienta y espesa el aire dentro del túnel y me ahogo pero sigo cavando y toso dentro del túnel que es cada vez más TÚNEL. Un último golpe de arpón y un piedrote que se desprende y rueda HACIA FUERA. LLEGUÉ. LLEGUÉ. ¡LLEGUÉ!

Apenas miro, espío, el tráfico pasa rápido, demasiado para mí que estoy acostumbrado a la quietud, me asomo, estoy lleno de polvo de ladrillos, rojo, rojo, rojo, hasta los bigotes se me tiñeron, saco la cabeza, un paso adelante, una vieja me ve.

ME VE. GRITA. GRITA... y yo CORRO, CORRO, CORRO.

¡Allá va, atajen, atrapen, péguenle, que no se escape!

Me persigue, atrás otro, y otros y muchos más, los que vienen de frente me ven, se acercan, tienden los brazos para atraparme, debo escapar, esquivarlos, pero no se puede, son demasiados y grandes, enormes. Miro hacia atrás, están cada vez más cerca, solamente puedo cruzar, me mando, salto, algo me pasa muy cerca con un zumbido,

esquivo una ráfaga de gases de escape malolientes que me pega en la cara, sigo, casi estoy, de pronto, el golpe...

¡Dios, qué golpe! ¡Qué peso!

No puedo moverme, me rompió la columna y la vieja que se acerca y me mira, me mira y cada vez más frío y más oscuro y antes de morir escucho que dice:

“Otra más, este barrio está cada vez más lleno de lauchas.”